

CAPÍTULO IV

Lavado

I

LAVADO FUERA DE CASA

El lavado de la ropa de los niños, cuando se hace fuera de casa no deja de tener inconvenientes.

En efecto, por mucha que sea la frecuencia con que la lavandera pase á recoger la ropa sucia, será preciso para tener al niño convenientemente, disponer de mucha más ropa que cuando se lava en casa.

Además la ropa se gasta mucho más y hay que contar con las frecuentes pérdidas de prendas, cosa que es inevitable aun en las mejores lavanderas.

Por otra parte, esta manera de lavado es mucho más costosa tratándose de los niños que de las personas mayores.

Esto sin contar las exigencias que suelen tener las lavanderas, como la de que se ondeen los pañales mojados en agua fresca, etc., etc.

De todo lo dicho resultan tantas molestias y tal acumulación de ropa sucia que, á menos de existir im-

sibilidad casi absoluta, es preferible lavar la ropa de los niños en casa.

En tiempo lluvioso hay también el gravísimo inconveniente de tener que recibir con frecuencia la ropa mojada.

Claro es que la mayor parte de estos inconvenientes y otros que pudiéramos citar son propios de las grandes ciudades y centros de población, pues en el campo y en las localidades menos importantes hay generalmente toda suerte de comodidades para este género de lavado.

La principal ventaja que tiene el lavar la ropa del niño fuera de casa es la de recibirla colada, y esta ventaja es menos grande de lo que parece, porque basta agregar al agua pura cierta cantidad de sosa para darle las condiciones de la mejor lejía, hecha con excelente ceniza.

II

LAVADO EN LA CASA

Ya se trate de vestidos ó de pañales, siempre es necesario recurrir á los mismos procedimientos.

Hay tres sistemas : el lavado al vapor, el lavado con agua hirviendo y el lavado á la mano.

Los dos primeros han dado origen á una infinidad

de aparatos que en el fondo son casi todos iguales.

El tercer sistema ó sea el lavado usual á la mano no necesita más aparatos que los ordinarios en una casa, como son un barreño, ó una cubeta grande de madera y una olla grande para el fuego.

Las vasijas de metal ó de latón muy usados en ciertos puntos actualmente, son perjudiciales en cierta manera, porque manchan la ropa de orín.

Ya se haga al vapor ó ya con agua hirviendo, el lavado se hace en las mismas condiciones poco más ó menos.

Además cada aparato va acompañado de una instrucción completa acerca de su uso.

Hay muchas personas que pretenden que el empleo de estos aparatos no es tan ventajoso ni reporta tantas utilidades como indican los pomposos prospectos que sirven de reclamo y que contienen la manera de usarlos.

Aunque creemos que en parte tienen razón los que tal afirman, no podemos decidir esta cuestión.

De todos modos, antes de comprar un aparato, sería conveniente hacer una prueba en casa del mismo comerciante.

Aunque la mayor parte de los autores que se ocupan en esta materia tratan minuciosamente de todos los detalles referentes al lavado á mano, creemos inútil seguir su ejemplo.

Las madres, nodrizas, criadas y lavanderas de cada país y de cada localidad no necesitan que se les indique cual es el mejor jabón y cuales los demás ingredientes que entran generalmente en el lavado y colado de la ropa de los niños.

Sería perder el tiempo meterse en semejantes detalles, pues por regla general cada país y cada comarca y hasta cada pueblo tiene sus usos y costumbres en la materia.

Lo mismo decimos respecto á las demás operaciones por que tiene que pasar la ropa cuando se lava y cuele.

No tenemos la pretensión de querer enseñar su oficio á las lavanderas, nodrizas, etc.

Hay una opinión bastante extendida de que el jabón perjudica al niño.

No creemos que esta opinión tenga fundamento serio, sobre todo cuando se emplea jabón de buena calidad.

Otro error muy corriente es el de creer que el colado es indispensable.

Gracias á los adelantos de la ciencia, está demostrado hoy que la simple agua de *javelle* (1) es el mejor desinfectante.

Este procedimiento se ha visto especialmente recomendado en tiempo de epidemias.

(1) Solución de cloruro de potasa en agua.

El agua en cuestión gana cada día más terreno á medida que va siendo más conocida y va perdiendo la terrible reputación que en un principio tenía.

La experiencia demuestra que la ropa tratada en casa con el agua de *javelle* dura mucho más tiempo que la ropa sometida á la lejía tal como esta operación se practica en los grandes lavaderos modernos.

Para todas las telas de color debe evitarse cuidadosamente el agua caliente y el agua de *javelle*. Basta lavarlas con agua fría y un poco de jabón, ó simplemente con agua de jabón.

Respecto á los cristales de sosa, unos los rechazan y otros por el contrario los recomiendan para conservar el color.

Es más, algunas personas llegan hasta emplearlos en vez del jabón.

Las telas de color no deben secarse al sol que comería los colores.

Lo contrario sucede con las ropas blancas, las cuales tendidas al sol, sobre la hierba, cuando hay medios para ello, adquieren una blancura resplandeciente, sobre todo si se cuida de regarlas dos ó tres veces con agua fresca, durante el día, á medida que se sequen.

El agua de río es excelente para el lavado de la ropa, pero aun es mucho mejor el agua de lluvia.

En Flandes, que es el país de la hermosa ropa limpia,

las mujeres almacenan cuidadosamente el agua de lluvia en toneles vacíos.

Para ellas un día de lluvia diluviana es una gran fiesta y un día de alegría.

Las nodrizas y niñeras están obligadas por razón de su cargo á lavar toda la ropa de los niños.

Sin embargo, en esto como en todo pueden mediar convenciones especiales.

Para terminar : lo principal de todo es que el niño tenga siempre ropa limpia y seca y sobre todo desprovista de mal olor. Para llegar á este resultado puede escogerse el camino que se quiera.

SEGUNDA PARTE

LA GAMA

CAPÍTULO PRIMERO

Composición de la cama

I

ELECCIÓN DE LA CUNA

Una estampa del siglo XVII representa al pequeño duque de Borgoña acostado en una cuna portátil de madera maciza, y cuyos pies en forma de media luna descansan sobre un zócalo especial.

Otra estampa nos muestra al duque de Anjou, que después se llamó Luis XV, en una cuna de aparato cuyo cabecero termina en corona por encima de la cabeza del niño.

Esta cuna, de forma análoga á la primera, de madera maciza como aquella, es más grande, pero tan baja que la *mecedora*, como entonces se decía, tenía necesidad de bajarse para *mecer*.

Aun existen en ciertas comarcas de Francia esta

especie de cunas macizas que los médicos todos están acordes en condenar.

Las mecedoras de hierro (*barcelonnettes*) y la cuna de



Fig. 49. — Cuna del duque de Borgoña.

mimbre están hoy tan extendidas, que casi no hay necesidad de las antiguas y pesadas cunas.

Sin embargo, como aun se usan, sobre todo en algunas comarcas rurales, creemos conveniente hacer ligeras observaciones acerca de su uso.

La cuna baja y portátil que puede colocarse sobre una mesa, etc., ofrece el grave inconveniente de que puede caer con gran facilidad y causar la muerte ó daño grave al niño.



Fig. 50. — Cuna de Luis XV.

Si se halla colocada en el suelo, que es lo más usual, está por decirlo así al alcance de ciertos animales, como por ejemplo los cerdos, que pueden devorar á la criatura, como se han visto casos en muchas ocasiones (1).

(1) Ph. Gyoux : *Éducation de l'enfant*, pág. 54 y 55.

El movimiento de oscilación que resulta en esta clase de cunas de la curvatura de sus pies, agrava las probabilidades de un accidente.

Las cunas bajas, que son más grandes y por consi-



Fig. — 51. — Cuna rústica de madera.

guiente menos portátiles, participan de los referidos inconvenientes.

Aunque en lo referente á las caídas son más seguras, el niño se encuentra en ellas á merced de los animales y expuesto al choque de cualquier objeto que se caiga de los manos.

Por otra parte, sus dimensiones y su pesadez las hacen difícilmente transportables.

La higiene condena toda esta clase de cunas « ver-



Fig. 52. — Cuna maciza.

daderas cajas en que los niños están como aprisionados, y donde son emponzoñados por las miasmas de las deyecciones (1). »

(1) M.^{me} Millet-Robinet y el doctor Allix: *Le livre des jeunes mères*, pág. 7.

Las cunas forradas en su interior ó tapizadas son aún más perjudiciales á la salud en razón de la facultad que tienen de impregnarse más en los líquidos y malos olores.

Por mucho cuidado que se tenga no siempre es posible preservar la cuna, aunque sólo sea de la leche que el niño arroja algunas veces ó que se derrama involuntariamente.

Las cunas más higiénicas son las *barcelonetas* de hierro, cuya navecilla se compone de dos óvalos de tamaño desigual, sostenidos por una red de cordelillo.

El fondo está cerrado por unas laminillas de hierro cruzadas, pero que dejan entre sí espacio suficiente.

Á un lado tiene una varilla de hierro encorvada que sirve para echar una cortina ó velo en forma de pabellón sobre la cabeza del niño.

Esta navecilla se mueve al menor impulso pero puede inmovilizarse con ayuda de una aldabilla.

Se halla suspendida entre dos pies que le sirven de sostén.

Aunque el precio de estas cunas no sea excesivamente elevado, son sin embargo mucho más caras que la cuna de mimbre, que es el recurso del pobre y del aldeano.

Sin embargo, á pesar de su baratura no cede en nada á la primera en cuanto á sus condiciones higiénicas.

Tiene además la ventaja de ser tan ligera que se transporta á mano de una pieza á otra con la mayor facilidad.

Sólidamente montada sobre cuatro pies, que se separan en la parte baja para mejor resistir los choques, ó

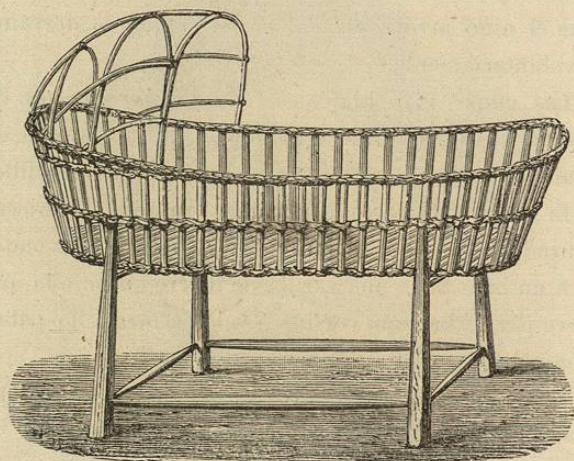


Fig. 53. — Cuna de mimbres.

que se hallan fuertemente clavados en dos piezas de madera bastante encorvadas, la cuna de mimbre tiene al niño alejado y libre de todo peligro y al mismo tiempo le pone cómodamente al alcance de sus madres.

El aire circula libremente á través de las paredes en

forma de claraboya aun cuando dicha cuna se halle forrada de una tela ligera.

Está libre de molestos insectos, es refractaria á la humedad y si, por casualidad, llega á ensuciarse, es sumamente fácil de lavar y secar.

Vense también cunas de madera que se parecen algo á las de mimbre. Están formadas de listoncillos delgados de madera encorvados.

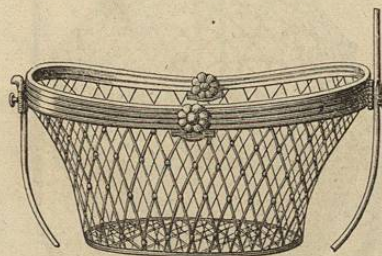


Fig. 54. — Cuna con paracaídas abierta.

Hay por último otras compuestas de ligeros barrotes y que se diferencian poco de las indicadas.

Estas dos especies de cunas forman un género intermedio entre las cunas de madera maciza y las de hierro y mimbre.

El *libro de las madres jóvenes* recomienda una cuna de hierro con paracaídas, el cual es sumamente cómodo para impedir á los niños que caigan (1).

(1) M.^{me} Millet-Robinet y el doctor Allix; obra citada pág. 10.

Pero, al igual de todas las invenciones análogas, ésta sólo procura una seguridad relativa y su uso no parece deber generalizarse.

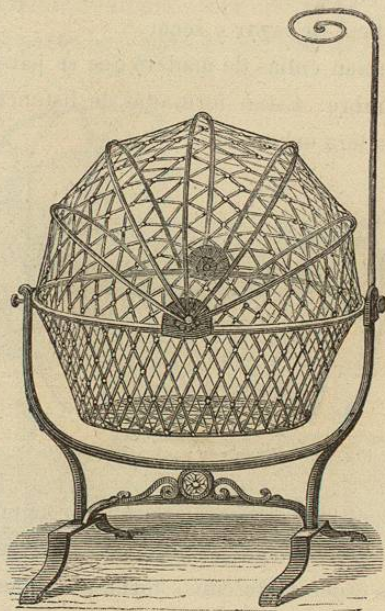


Fig. 55. — Paracaídas cerrado.

La cunita llamada Moisés no es más que un mueble de lujo en el que el niño no encuentra sino un descanso pasajero. Es poco usada.

Sin embargo, podría sin duda alguna prestar más

servicios que los que presta en realidad en las familias ricas.

Ligera y muy pequeña, es fácil de transportar de un lado á otro.

Depositando en ella al recién nacido, difícil de manejar á causa de la delicadeza de sus miembros, puede

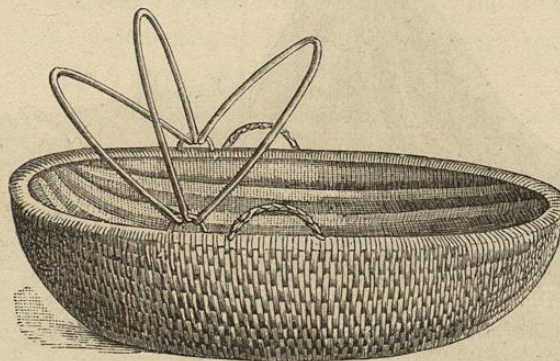


Fig. 56. — Armazón de la cuna Moisés.

transportársela cómodamente á la sombra, en un parque ó jardín.

Aun yendo en carruaje, puede colocársela en una banqueta ó llevarla sobre las rodillas.

No es más que una simple canastilla de mimbre provista de asas y de unos aros hacia la parte superior y cubierta de raso y encajes.

Los aros sirven para echar sobre ellos un ligero velo que proteja el sueño del niño.

Se hacen también cunas de-viaje, que se desmontan y se doblan de modo que ocupen el menor espacio posible.



Fig. 57. — Cuna de viaje.

Estas cunas prestan grandes servicios á las personas que viajan con niños de pecho.

En efecto, no siempre es posible arreglarles en los hoteles y fondas un lecho confortable, ni tampoco se quiere generalmente acostarlos en cunas que no se sabe á quien han servido.

II

GUARNICIÓN DE LA CUNA

La cuna campestre se guarnece ó adorna con telas de colores, á grandes cuadros, algodón azul ó encarnado, ó indianas de colores oscuros, pero rara vez con tela ó percal blancos.

En las ciudades se emplean para este uso todas las telas desde la seda y el terciopelo hasta el piqué y la muselina.

Todo depende de los medios de que dispongan los padres, de su mayor ó menor economía y de su mayor ó menor gusto.

Sin embargo, hemos de advertir que el terciopelo es pesado, coge mucho polvo y se chafa con la mayor facilidad.

El raso, en igualdad de condiciones, es tan lujoso como el terciopelo, pero es mucho menos durable.

Á decir verdad, aun en las casas más ricas, estas telas sólo se emplean en las cunas de aparato ó ceremonia.

Las cunas adornadas con organdí ó muselina y transparentes de colores, ó blanco sobre blanco, son las más elegantes con sus adornos de puntillas y bordados; desgraciadamente su blancura es de corta

duración á causa del polvo y del humo, que siempre hay en las casas, en mayor ó menor cantidad.

El contacto de las manos y de los vestidos, por muchas precauciones que se tomen, las mancha también algo.

Pero con todo no son desventajosas, porque el lavado les devuelve su primitiva blancura, excepto los encajes de Cluny y los de imitación que pierden con el lavado toda su belleza.

Los transparentes no corren tanto peligro de mancharse.

El piqué, el muletón y otras telas análogas, aunque se ensucian, recobran su brillantez con el lavado. La cretona y la tela de persia se dañan mucho con el lavado y además pierden pronto



Fig. 58. — Cuna de mimbre guarnecida con sus cortinas ó colgaduras.

los colores, aunque estén resguardadas del sol.

Las telas empleadas para los muebles tales como el damasco, reps, etc., se emplean muy rara vez con este objeto.

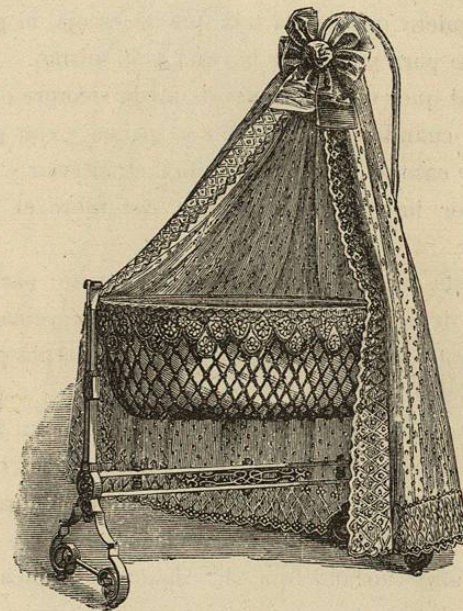


Fig. 59. — Barceloneta de hierro.

La cachemira es una tela que no se usa mucho y que sin embargo llena todas las exigencias.

Con ella se forma una cuna elegante y cómoda y que no tiene mucho que sufrir por parte del polvo y del humo.

Aparte de esto tiene la ventaja de dar bastante calor en el invierno y no ser de demasiado abrigo para el verano, dejando que el aire circule en la cuna en proporción conveniente.

Cualquiera que sea la tela que se escoja, el procedimiento para guarnecer la cuna es el mismo.

La red que cubre la armazón queda siempre oculta, excepto cuando se guarnece con persia y con piqué, en cuyo caso la guarnición cubre el interior y todo alrededor hay una cenefa que cae sobre el borde exterior.

En esta cuestión bastante importante para las madres de adornar el nido de sus amores, reina principalmente el gusto instintivo de los adornos propio en la mujer.

No creemos pues necesario ni útil entrar en largos detalles acerca de plegados, fruncidos, bullones, bieses, lazos, bandas, cenefas y otras mil y mil palabras que forman parte del vocabulario de las modistas.

Por muy aislada que la madre se encuentre, siempre ha de tener en esta materia, además de su propio capricho y gusto, los consejos de una madre, hermana, parienta, amiga ó vecina.

Además los periódicos de modas que hoy lo invaden todo, traen continuamente modelos de todas clases que se pueden consultar con fruto la mayor parte de las veces.

Para las cunas de mimbre que tienen el cabecero cubierto, así como para las que tienen aros móviles,

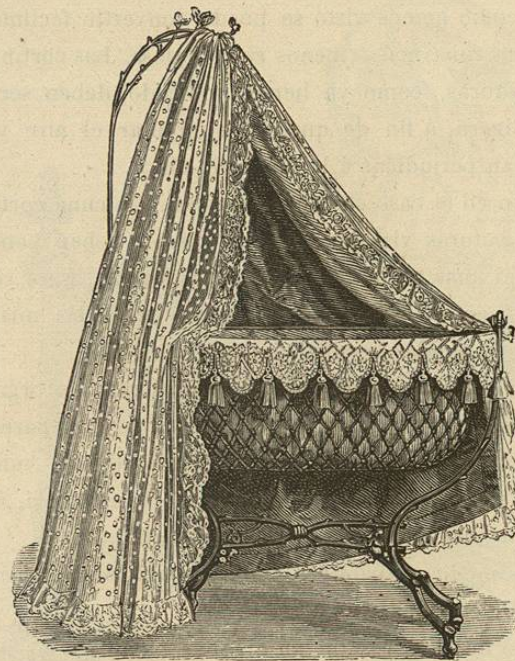


Fig. 59 bis. — Barceloneta guarnecida

se hace una especie de capota lo cual no es nada difícil.

En provincias, donde generalmente cada uno tiene una casa entera, se tienen dos cunas. Una está arriba

en el dormitorio y otra abajo en las habitaciones en que se está durante el día.

La primera ó sea la cuna de noche es de mimbres, que como hemos visto se puede convertir fácilmente en una cuna más ó menos rica y lujosa. Las cortinas ó colgaduras, como ya hemos indicado deben ser de tela ligera, á fin de que dejen circular el aire y no puedan perjudicar á la salud del niño.

Aun en el caso en que se pongan á la cuna cortinas ó colgaduras vistosas de seda ó lana, deben ponerse debajo unas segundas colgaduras ligeras, pues repetimos que el espacio comprendido entre las mismas no debe quedar herméticamente cerrado.

Por el contrario las cortinas de muselina, de organdí y de encaje llevan siempre debajo un transparente.

Estos transparentes son generalmente del mismo color y del mismo tejido que el de la navecilla, á no ser que este último sea demasiado ordinario.

Los médicos atribuyen cierta importancia á la elección de cortinas.

Uno de ellos resume en algunas palabras las indicaciones de todos: « Las cortinas son útiles y deben ser apropiadas á la estación.

» En invierno deben ser de abrigo, es decir de lana ó de algodón, de modo que impidan lo más posible que la atmósfera que envuelve al niño no pierda su grado de calor.

» En verano, por el contrario, una tela ligera como gasa, muselina, etc., bastará para preservar al niño

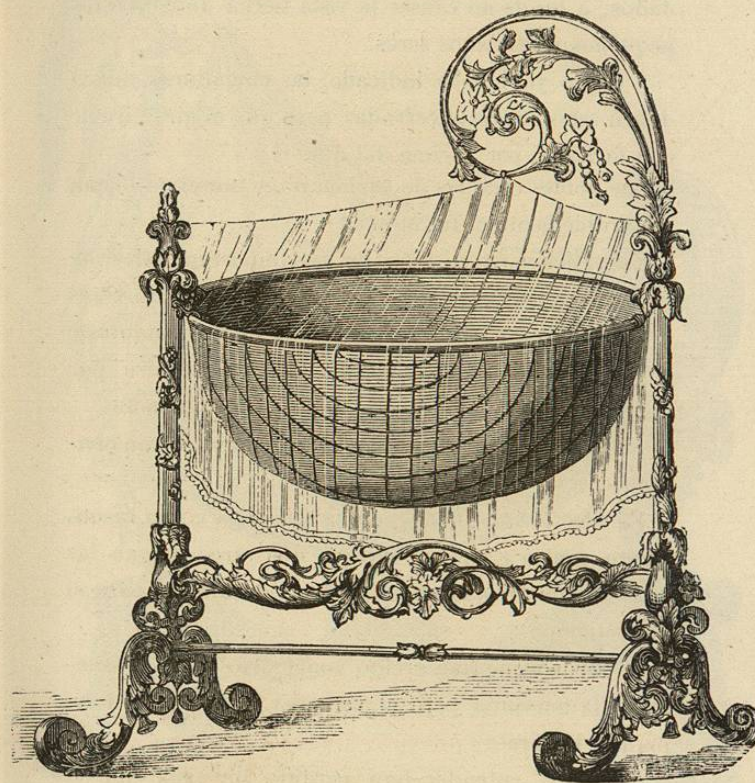


Fig. 60. — Gasa que reemplaza las cortinas ó colgaduras.

de los insectos que le asedian y pueden molestarle y privarle del sueño.

» En todo caso deben preferirse las colgaduras de color oscuro y lisas á las blancas ó con dibujos ó bordados, á fin de no cansar la vista tierna aún de estos pequeños y delicados seres.

» Como ya hemos indicado, las colgaduras nunca deben estar bastante cerradas para que el aire circule con facilidad por encima del niño (1). »

Las dobles cortinas de cachemira y muselina llenan admirablemente el fin indicado.

Éstas defienden al niño de las importunidades de las moscas, mosquitos y otros desagradables insectos de aguijón; aquéllas le preservan del frío cuando éste se deja sentir, sin privarle no obstante de aire por completo como lo hacen los tejidos más compactos.

Sin embargo, no parece que los doctores hayan pensado en esta combinación tan sencilla.

En efecto unos condenan la muselina como insuficiente contra el frío, mientras que otros juzgan las telas de lana demasiado calientes y de abrigo para el buen tiempo.

Es verdad que han creído conciliarlo todo, aconsejando la muselina para el verano y las telas de lana para el invierno.

Á nuestro entender han perdido de vista que el fuego calienta á veces más que el sol; que en los más

(1) Doctor Hufeland : *Éducation de l'enfant*, pág. 57.

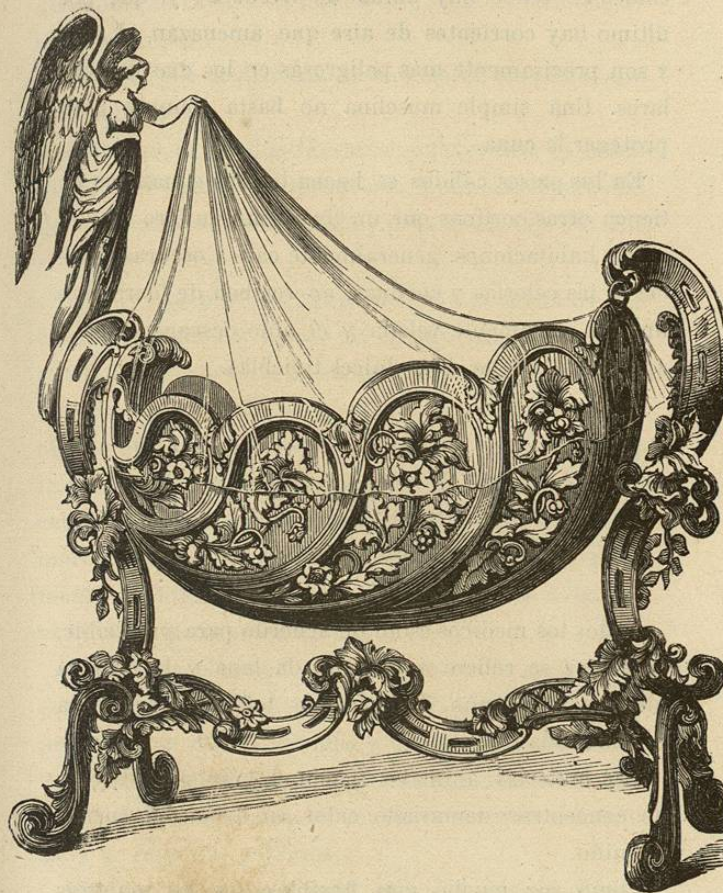


Fig. 61. — Cuna con mosquitero.

calurosos estíos hay horas de frescura; y que por último hay corrientes de aire que amenazan al niño y son precisamente más peligrosas en los días caniculares. Una simple muselina no basta siempre para proteger la cuna.

En los países cálidos se hacen lujosas cunas que no tienen otras cortinas que un ligero mosquitero.

Las habitaciones, generalmente casi á oscuras, gracias á las celosías y cortinas, no reciben de fuera sino una luz sumamente velada y el niño descansa sana y apaciblemente en estas dulces tinieblas.

III

COMPOSICIÓN DE LA ROPA DE CAMA

Todos los médicos están de acuerdo para proscribir, en lo que se refiere á la cuna, la lana y la crin, la pluma y el plumón. Todo lo más toleran la crin para la almohada.

Las materias animales tienen el gravísimo defecto de concentrar demasiado calor en torno del cuerpo del niño.

Como son mucho más flexibles que las materias vegetales, se hunden mucho más bajo su peso y concurren á deformar sus miembros en razón de la desi-

gualdad que resulta de la mayor ó menor presión ejercida sobre ellas.

El niño, por decirlo así, se moldea en las posiciones más defectuosas.

Hufeland exige que la cama « favorezca el crecimiento del cuerpo en línea recta, pues esta operación de la naturaleza se verifica muy principalmente durante el sueño.

» Ahora bien — continúa diciendo el mismo — yo encuentro que las camas de pluma producen justamente lo contrario de lo dicho, puesto que se impregnan de las emanaciones mefíticas, que reblandecen y aflojan el cuerpo á causa del exceso de calor, disponen la piel á la transpiración y todo el organismo á los catarros y fluxiones, y lo que es peor aún, dejan formarse un hueco en el que el niño se hunde necesariamente quedando expuesto al raquitismo y á la desviación de la columna vertebral (1). »

La lana, la pluma, el plumón y hasta la misma crin en cierta proporción, tienen una facilidad grande para impregnarse en los líquidos y una propensión á contraer olor nauseabundo á la menor humedad que, según el doctor Gérard, las convierte en nidos de miseria y de miasmas pútridos.

Hay que tener en cuenta otra consideración muy

(1) Doctor Hufeland: *Conseils aux mères*, pág. 78 y 79.